



RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO XI.

Nina de Raselli.



—A os dije, Lucía, que estas telas no me agradan, ni pueden caerme bien. ¿Habeis visto jamás colores mas deslucidos? Carmesí, violeta... no sé como permitisteis que las dejara aquí el mercader. Lléveselos mañana donde gusten: acaso les acomodan á las damas del otro lado del Tiber, á quienes se les figura que es excelente todo cuanto viene de Venecia; mas yo, Lucía, veo por mis propios ojos, y juzgo por mi propio juicio.

—¡Ah, Señora! Si llegáseis á ser como sin duda lo sereis con el tiempo, una dama de categoría, presumo que mereceríais toda clase de honras y de distinciones.

Por santa Cecilia que no habria quien osara parangonarse con Nina.

—Las enseñaríamos lo que es el lujo y magnificencia, respondió la dama; ¡oh, cuán espléndidos serian nuestros festines! ¿No viste desde la galeria el que dió Julia Savelli en la semana pasada?

—Si señora, y cuando os presentásteis en el salon con vuestro traje de tisú de plata, bordado de perlas, se levantó sordo murmullo á lo largo de la galeria y exclamaron por todas partes. ¡Un ángel viene sin duda á honrar el salon de los Savellis!

—Silencio, hija mia; nada de lisonjas.

—Es la pura verdad, señora. Pero el festin estuvo soberbio. ¿No os parecia lo mismo? Todo era allí grande y magnífico. ¡Cincuenta criados con libreas de escarlata y de oro! ¡Y tocando la orquesta sin interrupcion alguna! Allí se veian reunidos los menestres de Bergamo. ¿No os agradó tan hermosa fiesta? ¡Ah, segura estoy que aquella noche oisteis mas de cuatro galanterias!

—¡Ay de mí!... no faltaba una sola voz y se perdía la orquesta. Si yo fuera Julia Savelli no me hubiera satisfecho una funcion tan mezquina.

—¡Cómo mezquina! Todos los nobles decian á una voz que superaba con mucho á los mas lucidos festines nupciales de los Colonnas. Además, una napolitana que habia á mi lado, y que servia á la jóven reina Juana en tiempo de sus bodas, me dijo que la magnificencia de Nápoles valia muy poco si se comparaba con lo que allí veia.

Todo puede ser: ignoro lo que pasa en Nápoles; pero si sé cómo tendria mi corte si llegase á ser... lo que no soy, ni puedo ser nunca. Toda la vajilla del banquete hubiera sido de oro, las copas enriquecidas con diamantes, hasta los bordes: no se hubiera visto ni una sola pulgada del pavimento, porque lo hubiera cubierto del todo una tela de oro. Hubiera exhalado la fuente los mas ricos perfumes de Oriente: no hubieran sido mis pages jóvenes záfios que se sonrojasen de su torpeza, sino airosos mancebos que frisasen en doce años, y se hubiesen nutrido entre la opulencia de Roma: respecto á la orquesta solo diré que cada músico se hubiera ceñido una corona por merecerla antes; y el que mas diestro se mostrara en su arte hubiese obtenido un premio que á todos les sirviese de estímulo; este premio hubiera consistido en una rosa regalada por mi mano. ¿No reparásteis el traje de Julia? ¡Que colores tan chillones! Ante ellos hubiera palidecido el sol de mediodia. ¡Azul y amarillo; púrpura y naranja! ¡Jesus, toda la noche tuve malos los ojos!

—Bien necesitaria esa señora de vuestro delicado gusto para casar los colores, dijo la adúladora doncella.

—¡Y luego qué rostro, qué continente! Nada habia allí de noble, nada, de regio. Cruzaba el salon de baile con tampoco garbo que en poco estuvo se cayese por no saber como llevar la cola, y decia con cándida sonrisa *estos trajes de fiesta son adornos muy incómodos*. En todo rigor no debería haber trajes de fiesta para los magnates; si yo estuviera en su lugar me adornaria para darme gusto y no para dárselo á los demas. Cada dia estrenaria una alhaja y la última seria siempre la mas preciosa: para mí seria todo el año una continua fiesta.

—Me parece, dijo Lucia, que el señor Juan Orsini os hacia una corte asidua.

—¡Quien, ese oso!

—Si, podrá ser oso; pero su piel tiene mucho precio. Dicen que no se sabe á cuánto ascienden sus riquezas.

—¡Y el imbécil no sabe en qué gastarlas!

—¿No era el jóven Adriano quien os hablaba junto á las columnas cerca de la orquesta?

—Podrá ser... no hago memoria.

—Con todo, he oido decir que pocas damas olvidan los obsequios del señor Adriano.

—Allí solo vi á un hombre cuya compañía me pareciese digna de memoria, respondió Nina, sin hacer caso de la insinuacion de la adusta criada.

—Y quien era?

—El antiguo notario de Aviñon.

—¿Aquel hombre de luenga y cenicienta barba? ¡Ah, señora!

—Si; repuso Nina con voz triste y solemne; al hablarme desaparecia de mis ojos la escena que me rodeaba, porque me hablaba de si mismo.

Suspiró profundamente la dama mientras pronunciaba estas palabras, y se arrasaron de lágrimas sus ojos.

La doncella levantó su labio en ademán desdenoso, y sus ojos en señal de sorpresa; mas no se atrevió á replicar nada.



—Abre esa celosia y dame aquel papel, dijo Nina depues de breve pausa. Eso no, querida; los versos que ayer me enviaron. ¿Pues qué siendo italiana no adivinas por instinto que hablo de los versos del Petrarca?

(Continuará.)

LAS DOS HERMANAS.

El diablo se puso á estrujar con coquetería un pañuelo bordado, que tenia en la mano izquierda; en seguida, como si estuviera ya cansado del papel de mujer, que representaba bastante mal, tomó de repente la forma primera, la de un jóven indolente, atrevido y bastante mala figura; despues, colocándose bruscamente delante de mí, añadió:

—No quiero repetir, no por compasion, sino por espanto, la escena terrible que pasó entre las dos hermanas, Luisa y Leonor; jamás volveré á ver drama semejante. Esa puerta, practicada en tiempos muy antiguos para servir á un amor misterioso, estaba cerrada hacia muchos años; de repente se abrió de un golpe bajo los esfuerzos de la reclusa, á quien ayudaba yo. Entonces Leonor, estenuada, muerta de hambre, frenética, sangrienta, azotada por las disciplinas, se halló en presencia de Luisa, libre, feliz, ataviada. A tal vista apenas pudo contenerse Leonor para no devorar á su hermana.

—¡Hola! exclamó, ¡estás tú aqui! ¡Vienes á escuchar, sentada sobre la seda, mis gritos de dolor sobre la paja! ¡Ah! te adornas con todas tus joyas para venir á ver, á través de las hendiduras de mi calabozo, cómo me enflaquece la fiebre y aniquila! ¡Maldicion! ¡maldicion sobre tí! No hay Dios en el cielo, ni tengo padre sobre la tierra.

Diciendo esto, Leonor se ponía delante de Luisa, y esta cerraba los ojos.

Al mismo tiempo los convidados inmediatos cantaban en coro canciones báquicas, y sus horribles gritos llegaban hasta allí.

No obstante Luisa, desvanecida, pero con la calma de la virtud, abrió poco a poco los ojos para asegurarse de que era su hermana efectivamente la que estaba delante de ella. Sí; era su hermana, así como era su esposo el que poco antes había visto lleno de vino y de amor impúdico. Al contemplar á Leonor, Luisa pres- taba el oído para escuchar á su marido celebrar en sus cantos el vino y los amores de las prostitutas. Colocada entre estas dos corrupciones, la infeliz no vaciló ya.

—¿Quieres, dijo á su hermana, quieres, ya que tanto me envidias, Leonor, cambiar de papel? M estrado por tu celda, mis encajes por tu cilicio, mi esposo, que está allí (y señalaba hácia la orgia) por tu crucifijo y tu calavera, mis ricos vestidos por tu sayal, mi libertad por tu esclavitud; di ¿quieres?

Y el diablo se detuvo como si procurara recordar la voz, la actitud y las inflexiones suplicantes de Luisa. Yo impaciente le dije:

—Y bien ¿qué sucedió?

—Sucedió que Leonor admitió el cambio. Se despojó de su cilicio para vestirse el traje de Luisa, empujó á esta en el calabozo sobre el monton de paja, cerró la puerta de hierro y sobre esta puerta cerrada corrió una cortina espesa de damasco.—Ya no había remedio; ahora la reclusa era Luisa, la libre Leonor. Echó esta una mirada sobre sus brillantes atavíos y se sonrió entusiasmada de su propia belleza, de la que tanto tiempo había estado privada. Sumergió sus manos y su cara en una agua purísima preparada para los convidades, se arregló lo mejor que pudo los castos vestidos de su hermana, procurando hacerlos obscenos é impúdicos y cuando concluyó su compostura y tocado, al oír que el marqués de Cintrey brindaba irónicamente á la salud de su mujer, abrió bruscamente la puerta esclaman- do:

—¡Éne aquí!

Considera la sorpresa de estos hombres y mujeres, sumidos todos en la embriaguez, á la aparición repentina de la casta y púdica Luisa, que se presentaba en medio de ellos desnuda pidiendo de beber. Leonor, como tú mismo haz visto se parecía á Luisa como el diablo se parece al ángel. El mismo talle fino y esbelto, el mismo fuego en sus miradas, el mismo rostro; Luisa había vivido poco en el mundo, el mundo la había visto de lejos sin atreverse á acercarse demasiado á esta virtud inaccesible; así fué que todos los convidados creyeron que era en efecto la marquesa, que arrojaba por fin la máscara imponente de la virtud. Aun el mismo marqués cayó en el error.

—¡De beber! ¡Venga una copa!—Y al mismo tiempo se precipitaba hambrienta sobre las viandas y sobre los vinos; miraba descaradamente á los hombres, abrazaba á las mujeres; estaba ya ébria con la doble embriaguez del vino y la lascivia. En el cieno fangoso de su celda, bajo el cilicio de hierro, sobre la paja podrida, delante de una calavera, en los momentos mas furiosos de su demencia y de sus blasfemias, nunca había soñado la miserable tanta voluptuosidad, tantos senos desnudos, tantas miradas lascivas, tantos vinos, tantas flores y tantas porcelanas inmundas. Se sentía nacer en medio de este desorden, estaba hecha una furia, pero bella y poderosa. Y con efecto ya puedes juzgar tú si la transición era increíble; pasar así del calabozo á una orgia! Tanto dijo y tanto hizo en sus primeros momentos de pasión, delirio y entusiasmo, que causó pavor á los demás convidados; creían que un rayo iba á caer sobre ellos; mas de una meretriz, que se entregaba libremente á la orgia se tapó los ojos y quiso partir inmediatamente, horrorizada del frenesí de la réproba; los mas valerosos se miraban unos á otros y atónitos no se atrevían ni aun á hablar.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Del periódico *La campana de la Vela*, que se publica en Granada, insertamos el siguiente artículo.

TEATRO.

FUNCIONES DEL SEÑOR ROMEA.

Bandera negra.—*Otra casa con dos puertas.*—*El Mulato.*—*Guzman el Bueno.*—*La rueda de la fortuna.*—*La segunda dama duende.*—*Una noche toledana.*—*Los hijos de Eduardo.*

La índole y los estrechos límites de nuestro periódico nos obligan á ser muy breves en las materias que mas deseáramos detenernos. Apenas en este artículo podremos designar ligeramente á algunos rasgos del genio del artista, no todos los que mas agradaron, porque entonces sin duda caeríamos en el escollo de aquel poeta francés que habiendo proyectado registrar los pasajes mas notables de la Iliada, se encontró cuando hubo concluido que tenia señales en todas las páginas. Pero aun así ha de aparecer á nuestro pesar diminuta y mezquina esta revista teatral. Entre moros y cristianos, entre progresistas y conservadores, apenas queda espacio para tributar justos elogios al genio. Alguna vez habíamos de estar en armonía con el gobierno y con la mayor parte del pueblo español.

La lindísima comedia del señor Rubí, *Bandera Negra*, fué presentada á este público de un modo enteramente nuevo. La galantería española grave y rendida á un tiempo; sin la afectación francesa, sin la empalagosa dulzura italiana, estuvo perfectamente entendida por el señor Romez. Sus cortesanas maneras le valieron aplausos justos. La resignación de don Luis, su amor respetuoso, su valor probado, sus nobles sentimientos para con doña Esperanza, fueron delicadamente expresados, y tambien la generosidad de corazón, la caústica ironía del hombre que conoce las injusticias de los demás, sus adulaciones, sus miserias. Ni un solo detalle, por mas delicado que pareciese, se escapó al distinguido actor; todo estuvo en su lugar, y todo con perfección.

Y este cumplido caballero de la corte de Felipe IV, de la corte de las musas y de los amores, de las aventuras y del gusto, se convirtió á las veinticuatro horas en un abogado calavera, despreocupado como el no tener, burlon como un folletista, y aficionado á la bolsa agena á fuer de buen literato: lució su facilidad para todos los géneros, su profundo conocimiento del corazón humano en el intrincado enredo de *Otra casa con dos puertas*. Aunque no pudo dar una chispa de su genio á algun actor de los que le acompañaron: pero esto, segun Quevedo, es imposible.

—Dicen que «yo soy Clotilde-Harold, no me importa» estas palabras de Lord Byron puso por epígrafe Alejandro Dumas en su *Antony*, y mas hubiera convenido en el *Mulato*, pues sus principales defectos nacen de ese retrato con que es á lleno (para el autor) todo el drama. El señor Romez, primer calavera de la corte de Luis el Grande, valiente hasta la temeridad, rendidamente enamorado, acosado por la amargura de los recuerdos, esclavo sumiso con su amada, altivo con los extraños; siempre estuvo admirable y digno de estrepitosos aplausos. El cuadro, sin embargo, resultó muy pálido; no basta que sea hermosa la figura principal, la ca-

beza; es necesario que todo acompañe al buen efecto, y allí hubo muchas cosas que lo destruyeron.

—Crear la expresión de sentimientos desconocidos y extraordinarios que el artista no ha podido copiar de la naturaleza, que le es necesario adivinar siguiendo la inspiración del poeta, es la verdadera dificultad, es la piedra de toque donde el genio y el talento se ponen á prueba. El señor Romez ha salido victorioso y en algunas ocasiones ha sobrepasado al poeta remontándose mas alto. Pintar al héroe que supo perder un pedazo de su corazón antes que deshonrarse; que resistió las lágrimas de su esposa querida, elocuentes como la de una madre y preciadas como de una mujer; que no cedió á los ruegos de su pueblo, á los consejos de sus amigos; poner en escena la figura colosal de *Guzman el Bueno* con toda su dignidad, con toda su virtud estoica, sus sentimientos religiosos y honrados y con su valor ageno de brabatas, era una empresa superior para el poeta y para el actor. Ambos, sin embargo, han obtenido coronas de laurel. ¿Qué aplomo en todas las escenas! ¿qué rasgos tan felices, hijos de la inspiración y del talento, del corazón y del estudio concienzudo! Elevado, grandioso en la ceremonia solemne con que principia el drama, firme con don Juan; marcial, entusiasta en el recitado de la arenga. Religioso, valiente sin fanfarronería, sereno en medio de los mayores pesares, luchando con los demás exteriormente, devorado interiormente por una pena que era necesario ahogar á los ojos de todos, tranquilo en su conciencia, ofreciendo á Dios tan inmenso sacrificio, ocultándose de los hombres para llorar: hizo tantas cosas admirables el señor Romez en todas estas situaciones difíciles, que apenas podrá recordarlas el mas concienzudo observador. En el momento terrible, en todo el acto cuarto, el corazón oprimido del espectador apenas podia seguir al artista, que á cada paso le hacia pasar del terror á la resignación, de la admiración al dolor, del entusiasmo á la sed de venganza. Al gritar desesperado «compañeros, venganza» al arrojarse sobre su escudo y su lanza, todos nos alzamos instintivamente de la luneta, y le hubiéramos seguido hasta el Atlante á no ser la escena en el teatro. ¡Poder sublime del genio!

Fué llamado entre mil aplausos á la escena y después la señora Baus y el señor Calvo, que como todos se esmeraron en la ejecución del drama.

Mas de lo que debíamos nos hemos estendido y tendremos que ser breves en lo restante.—El estudiante enamorado y sediento de gloria, el cortesano diestro, el marqués altivo, español, independiente que tan bien ha trazado en la *Rueda de la Fortuna* el autor de *Bandera negra*, fué tambien retratado como Gloucester el inicuo regente, el sanguinario tutor, el hermano cruel, el hombre ambicioso, egoísta, pérfido, hipócrita y traidor que Casimiro Delavigne ha pintado con mano maestra, con rasgos clásicos en su tragedia del gusto moderno *Los hijos de Eduardo*. En este difícil papel mereció muchos aplausos el actor á pesar de la odiosidad que inspira la misma verdad con que lo representa. Y él mismo entretuvo, hizo reír hasta no poder mas en el vecino pesado y machacon de la *Noche toledana*, en el confuso y tímido amante de la *Segunda dama duende*.

Esta generalidad del señor Romez, esclusivamente suya y que ha hecho tan difícil aunque necesaria el repertorio dramático moderno es su mayor elogio. Todo lo comprende, todo lo ejecuta admirablemente.—Dejaremos aquí la pluma, pues no queremos terminar este artículo con tan amargas reflexiones, como el primero que consagramos á este actor eminente.

VARIEDADES.

COLECCION DE NOVELAS DEL HERALDO.

AMAURI POR ALEJANDRO DUMAS.

Acaba de publicarse el segundo y último tomo de esta linda novela. Hállase de venta á 5 rs: tomo para Madrid y 7 para las provincias, en las oficinas del *Heraldo*, calle de San Miguel, número 23, cuarto bajo.

En las provincias podrán hacerse los pedidos por conducto de los comisionados de dicho periódico, ó remitiendo el importe en una libranza sobre correos, á favor del administrador del *Heraldo*.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: La comedia en dos actos, titulada: NAPOLEON LO MANDA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto, titulada: EL CALAVERA EN LA POSADA.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: LAS TREGUAS DE TOLEMAIDA, ópera seria en tres actos, original del maestro español, don Hilarion Eslaba, quien la presenta al público ilustrado de Madrid, no confiado en su mérito, sino en la galantería y finura de quien con tanta deferencia recibe los esfuerzos de todos los españoles que se desvelan por los adelantos de las artes de su país.

DE VARIEDADES.

A las ocho y media de la noche: El drama en tres actos, titulado; CECILIA LA CIEGUECITA. Terminará el espectáculo con baile nacional.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.